

LA HOJA ERRANTE-DICIEMBRE 2024



"Declaración Universal de Derechos Humanos, "Artículo 19. Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión; este derecho incluye el de no ser molestado a causa de sus opiniones, el de investigar y recibir informaciones y opiniones, y el de difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión".

**LA HOJA ERRANTE
Cortesía de Rafael Bordao, Ph.D.
COMPARTIENDO LECTURAS
El significado de la vida es compartir**

*Prefiero ser yo extranjero en otras patrias, a serlo
en la mía. Jamás voy a envilecer mi alma pidiendo
permiso para salir y mucho menos
para entrar a mi patria -José Martí*

Donde quiera que se esté bien, allí está la patria. -Cicerón

"El lenguaje político está diseñado para que las mentiras suenen como verdades, para que el asesinato parezca respetable y para dar una apariencia de solidez al puro viento." -George Orwell.

NOTA:

Estimad@s lector@s:

Muchos de ustedes -si todavía no lo han visto- verán este video con cierto estupor y se preguntarán asombrados cómo ha sido posible, que tantos millones de personas en el mundo, se hayan involucrado en una ideología (que pregonaba justicia social y la redención de los pobres) y devino ser tan ominosa y genocida, igual o peor a la de los nazis alemanes. En la actualidad los países que se consideran comunistas son: China, Cuba, Laos, Corea del Norte y Viet Nam; y los países que forman parte del Socialismo del siglo XXI todos están en Latinoamérica y son: Venezuela, Brasil, Colombia, Ecuador, Chile y Nicaragua. El dinero que invierte Cuba (en detrimento del pueblo cubano) en la propaganda comunista destinada a estos países es apabullante; dicha propaganda se distribuye en decenas de revistas de papel y digitales, periódicos, concursos literarios, websites, talleres de todo tipo, becas, etc., una verdadera injerencia cultural, sin contar la injerencia de otros perfiles. Pues bien, para ver la entrevista del video solo tiene que pinchar el enlace en letras azules...

Después del video comenzarán a oler la deliciosa e intensa fragancia de la gardenia, cómo surgió y evolucionó su nombre; más adelante podrán leer un breve y juicioso comentario sobre el poeta alemán Hans Magnus Enzensberger, quien vivió en Cuba y se fue de la isla desilusionado de la revolución convertida en dictadura. Le sigue una breve reseña "Gente de Hitler. Los rostros del Tercer Reich", de Richard J. Evans, quien revela las verdades inquietantes de quiénes sirvieron a Hitler. Continuamos con un trabajo titulado "Cómo los demagogos destruyen las democracias", este texto arroja luz sobre el trabajo que hacen los demagogos para destruir las democracias, aprovechan los mecanismos que regulan el descontento generalizado de la sociedad y el resentimiento para arruinarla. La lección que se extrae de la lectura de este ensayo es que es más fácil destruir una democracia que construirla. Margaret Atwood está considerada en el panorama internacional como una escritora subversiva, en este texto ella busca disminuir el miedo por la aplastante victoria de Donald Trump sobre su oponente Kamala Harris, y dice que Harris no tuvo suficiente tiempo para prepararse, y que el pueblo norteamericano tampoco estaba preparado para tener una presidenta, y además, que fuera de color; también habla del cambio climático, de la situación de las mujeres y del riesgo del totalitarismo, y considera que Trump es un mentiroso profesional, y que la gente no va a aceptar una dictadura (la verdad ha salido a la superficie y el presidente electo se ha sacudido todo el fango que la izquierda le echó encima, para desprestigiarlo, disminuirlo y mermar su fortuna. Ahora los fiscales que se envalentonaron llevándolo a juicios sucios, están retirándose a la carrera antes que Trump vuelva a ser el presidente de EE.UU.) Atwood repitió en las librerías de España en donde presentó su libro de cuentos Perdidas en el bosque (Salamandra), lo que decían incesantemente los demócratas de izquierda satanizando a Trump. A continuación le sigue la palabra Panacea, era el nombre de una de las hijas de Asclepio (Escolapio) quien le enseñó su arte y era capaz de curarlo todo; nos informa cómo se compuso y se desarrolla ese vocablo hasta llegar a nosotros. El poema "Donde habita el olvido" del español Luis Cernuda es uno de sus grandes y espléndidos poemas, donde

encontramos restos de nosotros mismos y nos estimula a seguir buscando en el poema nuestra propia vida. La novela "James", de Percival Everett, es una crítica aguda, profundamente satírica y filosófica, hacia el racismo actual; esa postura que busca la igualdad disfrazada de buenas intenciones, pero que en realidad es supremacista. La conclusión a la que se llega es clara: las razas solo existen en la percepción humana. Y para finalizar compartimos con ustedes una entrevista de lujo titulada "Es probable que haya una bifurcación entre arte humano y artificial" sobre la poesía, su profundidad insondable y sus simultáneas prioridades que tiene en cada período de la historia. El que responde a las preguntas es el poeta, filólogo y ensayista español, Antonio Domínguez Rey, autor de numerosos poemarios y valiosos libros de ensayos.

Sin más, quedamos a la espera de sus noticias, no sin antes desearle mucha salud, inspiración y bendiciones, antes y después de las fiestas navideñas..., y nunca debemos permitir que las diferencias nos dividan.

Atentamente le saluda,

Rafael Bordao.

4.8K views · 110 reactions | “Usaremos a los idiotas útiles en el frente de batalla. Incitaremos el odio de clases, destruiremos su base moral, la familia y la espiritualidad.... | By NO comunismo | Facebook

4.8K views · 110 reactions | “Usaremos a los idiotas útiles en el frente...
“Usaremos a los idiotas útiles en el frente de batalla. Incitaremos el odio de clases, destruiremos su base mora...

LA PALABRA DEL DÍA

La gardenia también es conocida como “jazmín del cabo”



gardenia

Hermosa flor originaria de China, de color blanco, amarillo o azul, de delicada fragancia, que florece en árboles y arbustos de hojas perennes de la familia de las rubiáceas.

El botánico sueco Carl von Linneo (1707-1778) le dio ese nombre en homenaje al naturalista y médico estadounidense de origen escocés Alexander Garden (1730-1791), como reconocimiento a su contribución a la clasificación de las plantas del Nuevo Mundo.

Se conocen unas doscientas especies de gardenias, nativas de las regiones subtropicales del Asia y de África. La variedad menuda denominada *Gardenia radicans* es una de las flores preferidas por los especialistas en el milenar arte japonés del bonsái, que consiste en disponer en una bandeja pequeños ejemplares de árboles o arbustos para representar en ese espacio un fragmento de la naturaleza, pero los floristas suelen privilegiar, por su fragancia, la variante china *Gardenia jasminoides*.

La palabra gardenia fue usada por primera vez en español por la novelista Emilia Pardo Bazán en su obra *Insolación* (1888), en el texto abajo citado, y fue incorporada al diccionario de la Academia en 1899.

Tome usted para que se calle. Desprendí la gardenia y se la ofrecí. Entonces hizo mil remilgos y zalemas. —Si yo no pretendía tanto... Con el rabillo me contentaba, o con media hoja que usted le arrancase... ¡Una gardenia para mí solo! No sé cómo lucirla...

Enzensberger, contra la entropía



En *Poemas selectos*, selección y traducción de Pura López Colomé de poemas de Enzensberger, se puede ver la evolución en su poesía, desde una visión crítica a una más escéptica y contemplativa.

Por Fernando García Ramírez

Siendo un niño, a Hans Magnus Enzensberger le tocaron los bombardeos aliados sobre Alemania. “Cuando los supervivientes salían de los sótanos, veían en el cielo una tormenta de fuego sobre los tejados. Había algo sublime en ese espectáculo”. Caos, estruendo y muerte. Pero él veía el fuego, poderoso e inmenso. El joven poeta observaba, fascinado, la destrucción: “Pude pasear por la ciudad en ruinas, observar a los hombres y contemplar las entrañas de las casas medio derrumbadas, que revelaban sus secretos más íntimos” (*Un puñado de anécdotas*, Anagrama, 2021). El mundo por la mirada se le reveló como guerra y fuego. El fuego sublime y el interior de las casas.

Enzensberger pasados los años se convertiría en escritor. Sus primeros libros fueron de poesía: *Defensa de los lobos* (1957) y *Lengua del país* (1960). La suya necesariamente fue una generación de escritores comprometidos. Luego de la destrucción física y moral de Alemania, era imposible que no lo fuera. Formó parte del “Grupo 47”, un conjunto de escritores preocupados por dar un nuevo sentido, en primer lugar, a la lengua alemana, prostituida luego de utilizarse como la lengua de la tortura y la muerte; y en segundo lugar, a una Alemania contrita y con deseos de ser tomada de nuevo en cuenta.

En los años sesenta, Enzensberger escribía poesía y ensayo. Sostuvo una agitada vida política y cultural desde el periodismo y la literatura. Como bien apunta Pura López Colomé en el epílogo de los recientemente publicados *Poemas selectos* (FCE, 2024), Enzensberger ocupó el lugar que Bertold Brecht había dejado vacío. Poetas comprometidos con la sociedad y con el lenguaje. Poetas políticos. “El tema de las relaciones entre la poesía y la política siempre ha sido mal mirado en Alemania, ha producido incluso polémicas sangrientas” (“Poesía y política”, en *Detalles*, 1962).

Traductor de Vallejo y de Cernuda, Enzensberger como poeta simpatizó con la revolución. Vivió en Cuba algunos años, los suficientes para ver su transformación en dictadura. Años después publicaría *El hundimiento del Titanic*, conjunto de poemas en los que el Titanic es Cuba y el iceberg la revolución. Poemas de desencanto, no solo de Cuba sino de la revolución y de la izquierda. Enzensberger no renació en la derecha.

Implacable crítico de la violencia, la xenofobia, el fanatismo y las ideologías en Occidente, fue asimismo un crítico feroz de las dictaduras y las imposturas ideológicas.

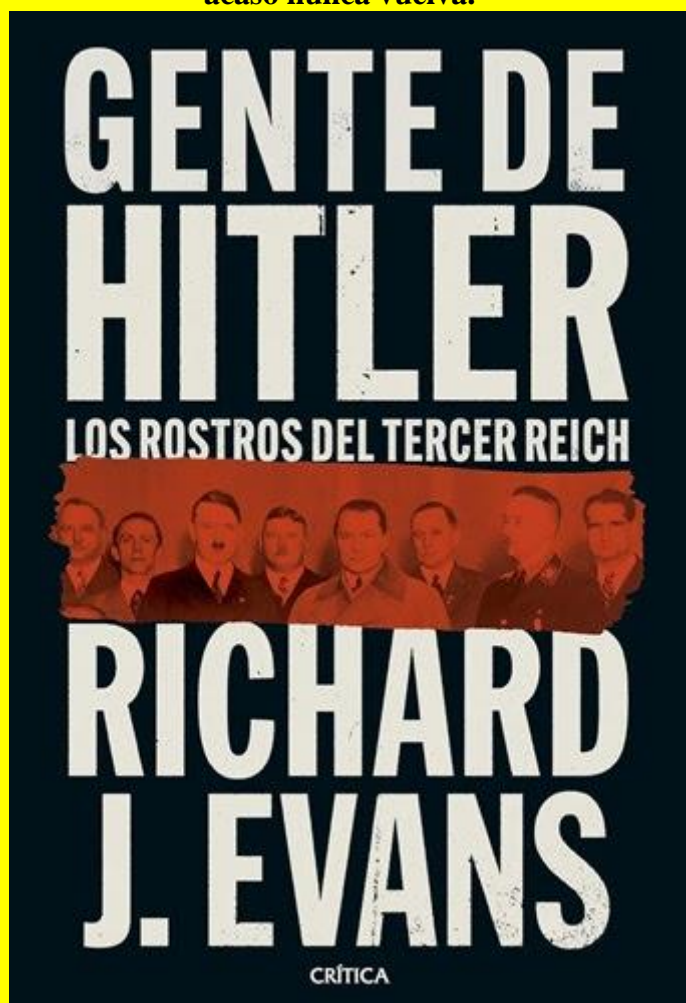
Realiza Pura López Colomé una espléndida y rigurosa selección de poemas de Enzensberger, y una magnífica –por pulcra, elegante y precisa– traducción de sus poemas. Una colección en la que se puede ver la evolución en su poesía, desde una visión crítica y de combate a una más escéptica, contemplativa y sabia. Despojados de velos ideológicos, se sorprende con las actitudes simples de la gente y con paisajes cotidianos.

Descubre, libre de sentimientos de culpa, la maravilla de estar vivo, de despertar en medio de cosas y costumbres que funcionan. Tocan la puerta y no es la policía secreta sino el cartero. No hay pecados sino errores. La Historia no tiene sentido si se le ve desde el mirador del Tiempo.

Pura López Colomé concede más espacio a los poemas escépticos de su última etapa que a la etapa del poeta social. Notable la serie, que cierra el volumen, dedicada a la observación de las nubes. Imponentes y vanas. Poderosas por los rayos y las tormentas que provocan y al mismo tiempo ligeras, casi etéreas. Poemas de un poeta socrático, que ama la infinita variedad de la naturaleza, que nos incluye. Podría decirse que es un poeta de ideas paradójicas. Un poeta en solitaria lucha contra la entropía. Un poeta crítico dotado de un gran sentido del humor, como en “Si se presentará la ocasión”:

Elige entre los errores
que se te han concedido,
pero elige bien.
¿No estaría mal
hacer el bien
en mal momento
o no estaría bien
hacer el mal

en buen momento?
Un paso en falso
nunca estará bien.
El buen error,
si se deja pasar,
acaso nunca vuelva. ~



Richard J. Evans revela las verdades inquietantes sobre quienes sirvieron a Hitler en "Gente de Hitler"
POR ÁLVARO ALCÁZAR

Gente de Hitler
Gente de Hitler

¿Por qué un número tan elevado de alemanes se involucró en los crímenes perpetrados por la Alemania nazi? ¿De qué manera llegaron a respaldar a Hitler y a seguirlo casi hasta el final de su régimen? Durante mucho tiempo, la imagen de los nazis ha sido reducida a la de simples psicópatas o criminales. En esta obra nueva y significativa, Richard J. Evans, reconocido como una de las principales autoridades sobre el Tercer Reich, utiliza una amplia gama de pruebas recientemente descubiertas para despojar de mito y leyenda las figuras del Tercer Reich, ofreciendo así una perspectiva más realista sobre los perpetradores nazis, quienes eran seres humanos inquietantemente similares a nosotros.

Retratos nuevos, redondos, frescos y a menudo sorprendentes de los hombres y mujeres que formaron parte del régimen nazi en Alemania son ofrecidos por Evans en círculos concéntricos. Comenzando con Hitler, el autor explora también a figuras prominentes como Göring, Goebbels y Himmler. Además, se incluyen ejecutores de las órdenes de Hitler como Eichmann y Heydrich, así como propagandistas como Leni Riefenstahl. También se menciona a perpetradores de menor rango, entre ellos la tristemente célebre Irma Grese, junto a simpatizantes y cómplices menos conocidos que contribuyeron al régimen de diversas maneras.

La obra "Gente de Hitler", brillantemente escrita y escalofriante, ofrece al lector una comprensión profunda de los valores y la esencia del Tercer Reich, así como de hasta dónde pueden llegar las personas cuando se han desvanecido muchas de las limitaciones morales habituales.

Richard J. Evans es una de las autoridades más destacadas del mundo sobre el Tercer Reich. Es catedrático emérito de Historia en la Universidad de Cambridge y rector del Gresham College de la ciudad de Londres. Ha ganado numerosos premios por sus libros, entre ellos el Premio Wolfson de Historia, el Premio y la Medalla Leverhulme de la Academia Británica y la Medalla Cívica de Hamburgo para las Artes y las Ciencias. En 2012 fue nombrado caballero por los servicios prestados a la erudición. Es autor de numerosos libros sobre la historia moderna de Alemania y Europa, los más recientes La lucha por el poder: Europa 1815-1914 (Crítica, 2017) y Hitler y las teorías de la conspiración (Crítica, 2021). Alcanzó el éxito mundial con su trilogía La llegada del Tercer Reich (Península, 2005), El Tercer Reich en el poder (Península, 2007) y El Tercer Reich en guerra (Península, 2011)

Cómo los demagogos destruyen las democracias

Por John Keane
1 noviembre 2024

Es un signo de nuestros tiempos turbulentos que, cuando se les pregunta por la salud de sus democracias, millones de ciudadanos maldigan a los políticos, se quejen de la mala actuación del gobierno y expresen el temor de que sus democracias se estén deslizando rápidamente hacia el borde del precipicio.¹ En todo el mundo, dicen estar especialmente preocupados por cuestiones como la desigualdad, la polarización social, el desorden político y el ascenso de líderes extremistas. Subrayan acontecimientos como el del 6 de enero de 2021 en Estados Unidos, cuando manifestantes armados y furiosos, empeñados en anular un resultado electoral, irrumpieron en un parlamento, instigados por un presidente demagogo y sus adeptos.

También mencionan momentos críticos como los que se vivieron en Brasil dos años después, cuando los partidarios de Jair Bolsonaro –que se negaban a reconocer su derrota electoral y pedían una intervención militar– asaltaron un palacio presidencial, destruyeron obras de arte, lanzaron muebles rotos a través de ventanas destrozadas, saquearon salas del Tribunal Supremo y, solo porque sí, encendieron sistemas de aspersión para inundar partes del edificio del Congreso de Brasil.

Estos temores ciudadanos ante los momentos en que se impone la turba tienen fundamento. Nos recuerdan la gran fragilidad de la democracia y, sobre todo, que construir una democracia es una ardua tarea que puede llevar al menos toda una vida, mientras que su destrucción o “democidio” es mucho más fácil y puede ocurrir más rápido.² De hecho, ha ocurrido muchas veces en la historia de la democracia. El democidio siempre es más veloz que la demogénesis, pero la destrucción del espíritu y la sustancia de la democracia no suele producirse en un santiamén. Esta es la preocupante verdad de las insurrecciones inspiradas por demagogos que hemos visto en Estados Unidos, Brasil y otros países en los últimos años: no son momentos de “muerte súbita”, sino actos aislados en un circo ambulante mucho más prolongado de vanidades políticas, fanfarronería, decadencia social y ansia de venganza, con el telón de fondo del hambre de poder, riqueza y fama.

El democidio a manos de demagogos tiene una larga tradición que se remonta a la antigua Grecia, donde los hombres fuertes que desempeñaban el papel de “falsos líderes del pueblo”³ eran moneda corriente. Esto ocurría a pesar de los esfuerzos por impedir su ascenso mediante medidas como el voto que los mandaba al exilio (ostrakismos), las revisiones públicas de su idoneidad para el cargo (dokimasia) y las acciones legales (graphe paranomon) contra los demagogos que defendían negligentemente políticas que contravenían las leyes vigentes. :00/01:00letraslibres

La enfermedad autoinmune de la democracia

¿Cómo y por qué ocurre esto, en lugares alejados geográficamente, y por qué ahora?

¿Qué tienen en común los aspirantes a demagogos?

En primer lugar, es importante entender que los demagogos no son un regalo divino ni una prueba de que el culto a los héroes sea una característica “natural” de la condición humana, como sostenía el pensador y escritor escocés Thomas Carlyle hace dos siglos.⁵

Los demagogos son, de hecho, una enfermedad autoinmune de la democracia, como señaló por primera vez el sociólogo alemán Max Scheler hace más de un siglo.⁶ Para decirlo en pocas palabras, la demagogia no solo es sintomática del fracaso de las instituciones democráticas a la hora de responder eficazmente a desafíos antidemocráticos como el aumento de la desigualdad social, las expectativas defraudadas y el envenenamiento de las elecciones por el dinero sucio. Los demagogos inflaman y dañan de forma autodestructiva las células, los tejidos y los órganos de las instituciones democráticas. La demagogia se asemeja a un cáncer del cuerpo político conocido como democracia.

O, para mezclar metáforas, la demagogia es como la artritis reumatoide, en el sentido de que se aprovecha de los mecanismos inmunitarios del cuerpo –libertad de reunión pública, comunicaciones abiertas, elecciones libres y competencia multipartidista– para sobrecargarlos con ataques conjuntados que paralizan esos mecanismos inmunitarios y enferman a todo el cuerpo político.

Para un médico, por supuesto, las comparaciones con la biociencia pueden ser solo retóricas. Pero la idea central está clara: como las democracias se enorgullecen de las garantías de “una persona, un voto” y de las promesas de dignidad y bienestar para todos, se buscan problemas cuando permiten que las desigualdades políticas, las injusticias sociales y las quejas de los ciudadanos arraiguen y se multipliquen. Estos fracasos de la democracia engendran en los ciudadanos sentimientos que se conocen

como resentimiento (que Friedrich Nietzsche definía como un sentimiento de hostilidad envidiosa hacia lo que se percibe como fuente de las propias frustraciones). Se vuelven celosos y furiosos, nostálgicos de un pasado glorioso imaginario –que a menudo incluye las posesiones perdidas del imperio– y esperanzados por lo que consideran un retorno a la grandeza en el futuro. Esta decepción y esta amargura, mezcladas con la envidia y la esperanza, son graves patologías de la democracia. Son los desechos –los excrementos político-fecales sin tratar– en los que se incuban los demagogos.

Los demagogos en campaña tienen olfato para el resentimiento. Al olfatear el descontento generalizado de la población, se hacen cargo de un partido político o de una coalición que dice tener una línea directa con los descontentos. Con dinero, rebosantes de confianza narcisista en sí mismos, haciendo buen uso de los derechos públicos de reunión y de las libertades de los medios de comunicación, aspiran a ganar las próximas elecciones. Lanzan tranquilizadoras proclamas de moderación. Construir cabezas de puente verbales con los oponentes, empujar sutilmente los límites de lo que se puede decir, “entrelazarse con el enemigo” y parecer “inofensivo”⁷ son prioridades. Hay promesas de gobierno responsable y momentos en los que parece que nunca hubieran roto un plato. Pero, a medida que la campaña se endurece, surgen apelaciones toscas al “pueblo”.

Algunos demagogos llegan a afirmar que son la encarnación física y material de “la voluntad del pueblo”, como ocurrió en 2014 cuando el indio Narendra Modi dijo que su victoria había sido bendecida por el dios hindú Krishna. Simplificaciones burdas, alarmismo, falsedades, risas fáciles e insultos con epítetos vulgares se repiten en un discurso tras otro del típico demagogo.⁸ Nadie sabe si el demagogo se cree las cosas que dice. Mientras tanto, hay promesas de drenar el “pantano” político y de destruir la corrupta clase política establecida (o la casta, por usar un término predilecto del agresivo, extravagante y populista presidente de derechas argentino Javier Milei).

Los demagogos piden al “pueblo” que ponga fin a sus miserias. Los demagogos le instan a votar, y a votar por lo correcto, incluso a hacer cosas extraordinarias como “derribar el régimen”, las palabras clave de la Revolución tunecina de 2011 hábilmente recicladas por el demagogo acaparador de poder Kais Saied en sus discursos de la campaña electoral de 2019.⁹

Siguiente paso: con los políticos rivales sumidos en una impopularidad general y los partidos de la oposición luchando por mantenerse, el Líder, a estas alturas entrenado en las oscuras artes de la seducción popular, atrae a un número considerable de seguidores. El demagogo actúa como un dios en la tierra, un metahumano capaz de hacer llover bienestar y malestar, arbitrariamente, con impunidad.

La retórica del demagogo sobre “el pueblo” está diseñada para movilizar a sectores de la población y confirmarles quiénes son: El Pueblo. La demagogia es demolatría (el culto al pueblo en lugar de a los dioses). La demagogia es ventriloquia. Millones de votantes descontentos encuentran atractivas las promesas del demagogo. La emoción aumenta a medida que se acerca el día de las elecciones. Con la ayuda de montones de dinero, determinación en abundancia, una participación decente y una pizca de buena suerte, es oficial: el demagogo se hace con la victoria.

Hay alabanzas y odios en las redes sociales, tertulias interminables, rumores y cotilleos por doquier, y alegría en las calles. El demagogo Gran Redentor está encantado. La victoria en nombre del Pueblo es dulce. El demagogo dice que es un gran triunfo de la democracia. Después de todo, ¿qué podría ser más democrático que una victoria electoral sobre los oligarcas de la empresa y el gobierno, los partidos centristas con sus cárteles, y los políticos corruptos que engañan y disimulan a favor de los poderosos y ricos? ¿No es la democracia un modo de vida fundado en la autoridad del “Pueblo”? ¿No es la movilización de la esperanza, la insistencia en que las cosas pueden ser diferentes y en que todos los ciudadanos deben esperar algo mejor lo que confirma el espíritu nivelador de la democracia?

Trucos sucios

Ahora llega el momento en que se pone en marcha la transición que se aleja de la democracia de poder compartido. Llegar al cargo tienta al demagogo y a sus asesores a actuar con rapidez, a flanquear y aplastar políticamente a sus oponentes. Se utilizan todos los trucos políticos posibles. Nada es normal. Continúan las bravatas y los alardes.

Hay amenazas y sobornos en reuniones de trastienda, cenas con oligarcas empresariales, victorias judiciales, dog whistle de última generación, fábricas de trolls y bombardeos con mensajes, silencio calculado y amenazas de fuerza bruta.

El demagogo se arrima a magnates de los medios de comunicación: multimillonarios como el estadounidense Rupert Murdoch, el indio Gautam Adani y el acaudalado magnate filipino Manuel Villar. Las plataformas de medios de comunicación independientes y los periodistas (Modi los llama presstitutes) son objetivos señalados.

Los discursos teledirigidos y las ruedas de prensa amañadas se convierten en espectáculos habituales, como demostró el presidente de México Andrés Manuel López

Obrador en sus ruedas de prensa diarias (“mañaneras”) televisadas en directo a primera hora de la mañana, en las que atacaba a los oponentes a los que llamaba “fifís”, “neoliberales” y “títeres”, ofrecía “otros datos” y exponía elogios descabellados de México como “un país hermoso y seguro”. Se hacen esfuerzos para neutralizar, politizar y secuestrar las burocracias de los servicios públicos, los organismos reguladores independientes, los gobiernos locales y otras instituciones de vigilancia del poder. Los tribunales independientes y los parlamentos insubmisos también son objetivos muy apreciados. (En Turquía, el presidente Erdoğan denuncia regularmente a los jueces como miembros de la “juristocracia”, mientras que el salvadoreño Nayib Bukele los llama “genocidas”.)¹⁰El ganador se lo lleva todo: ese es el nombre del juego.

El gobierno dirigido por el Gran Redentor charlatán ansía concentrar el poder político.

Le importan poco la complejidad del mundo¹¹ o las sutilezas de la responsabilidad pública. Lo suyo es la ambición descontrolada. El Gran Redentor prefiere los decretos.

Se trata de succionar la vida de la democracia de poder compartido y los acuerdos negociados y comprometidos con el principio de trato justo. Atrapado por un impulso interior de destruir los controles, los equilibrios y los mecanismos de escrutinio público y restricción del poder, el demagogo empieza a mostrar su verdadera cara.

Es un mito que llegar al cargo sacie su sed de poder. En el Perú de Alberto Fujimori, “democracia plena” (como él la llamaba) significaba hostilidad hacia lo que consideraba la palabrería excesiva y ociosa de la clase política y sus medios de comunicación establecidos. Declarando el fin de la oligarquía, el secretismo gubernamental y el

silencio, el demagogo se contradecía abiertamente sobornando y amedrentando a legisladores, jueces, burócratas y ejecutivos de empresas.¹²

Boris Johnson soñaba con transformar el parlamento de Westminster en un caniche del poder ejecutivo, en nombre de un supuesto “pueblo británico” ficticio. El keniano Uhuru Kenyatta despoticaba contra los tribunales dirigidos por lo que llamaba “matones” pagados por “extranjeros y otros idiotas” que gobiernan “contra la voz soberana y suprema del Pueblo”. En México, López Obrador ordenó reescribir los libros de texto escolares, disolvió la policía federal, hostigó al Instituto Nacional Electoral y a la Suprema Corte, y reforzó el poder del ejército. En Hungría, el gobierno de Viktor Orbán ha acorralado a los principales medios de comunicación, al poder judicial y a la policía, y hostigado a las universidades y las organizaciones de la sociedad civil.

Donald Trump no ha sido distinto. Su tormentosa presidencia de cuatro años se enredó en una guerra permanente con la burocracia federal, los medios que según él daban “noticias falsas”, el poder judicial, los servicios de inteligencia e incluso los boy scouts. Se aferró a la confianza en los lazos familiares y exigió lealtad a sus seguidores, animado por la necesidad de “derribarlo todo”, en palabras de Steve Bannon, su facilitador. Lo consiguió mediante profundos recortes presupuestarios, la centralización de la toma de decisiones a nivel federal y la negativa a cubrir puestos directivos vacíos. Trump se imaginaba a sí mismo como un líder asombroso, un guía, un dios, un redentor que nunca pierde batallas. Defendió el gobierno del nepotismo: no las normas y procedimientos que garantizan el juego limpio, sino los canales personales, el machismo autoproclamado contra los enemigos en casa y en el extranjero.

Advertencias

Al principio, los espectadores inocentes encuentran desconcertante la dinámica de la demagogia, porque la devastación de la democracia se lleva a cabo en nombre de la democracia. Pero llega un momento en que suenan las sirenas: a medida que se suceden los juegos de tronos a alto nivel y se acelera la captura de poder, los adversarios del demagogo se alarman. Se dan cuenta de que, a pesar de todas las bravatas populistas, el demagogo es un saboteador de la democracia: que el gobierno del “pueblo” obedece a un impulso interno de zanjar y destruir las instituciones y herramientas que controlan a los que están en el poder. Estos controles y equilibrios de la “democracia monitorizada” son vitales para vigilar el poder y frenar públicamente sus abusos, tanto por parte de los gobiernos como de las empresas.¹³ Plantean una pregunta vital: ¿qué se pierde cuando una democracia pierde su rumbo, y su espíritu y su sustancia se vacían de vida? Pocos periodistas y expertos muestran interés en responder; quienes advierten que la democracia se está muriendo obtienen una cobertura mediática limitada o son silenciados a la fuerza.

Las protestas crecen y no pasa mucho tiempo antes de que el demagogo y el gobierno del “pueblo” empiecen a reprimir duramente a los opositores. La política se carga de frases combativas y de la oscura energía de la violencia. La exhortación de Trump al público a tratar con dureza a los abucheadores –“dadles un puñetazo en la cara”, “sacarlos en camilla”– y su consejo a los agentes de policía de “no ser demasiado amables” con los sospechosos no son excepciones ni fenómenos idiosincrásicos. Respaldados por policías ataviados con uniforme militar, ayudados por la táctica del kettling, balas de goma, cañones de agua y gases lacrimógenos, se imponen restricciones

a las reuniones públicas y censura a los medios de comunicación. Hay detenciones, condenas judiciales y encarcelamientos.

Pero es importante entender que el gobierno de los demagogos no se basa únicamente en la represión. Los demagogos sienten predilección por la seducción. Tratan al mundo entero como un escenario en el que interpretan el papel del protagonista heroico en actuaciones jactanciosas diseñadas para ganarse los corazones y las cabezas de su público.

Hay adulación, risas estridentes, lenguaje soez, bromas subidas de tono y cosas escandalosas que se dicen mientras el gran jefe Líder azuza con apelaciones a la “democracia” y “el pueblo”. El demagogo vende pasión y prejuicios, fanatismo e ignorancia. Los demagogos alardean de que lo están cambiando todo y siguen construyendo un sistema clientelar para recompensar a los amigos y castigar a los enemigos.

A estas alturas del circo, la política ya no es una negociación de toma y daca que sigue el espíritu de un acuerdo justo. Degenera en espectáculos, chivos expiatorios, trucos sucios y campañas permanentes de un gobierno dirigido por un mesías demagogo. Se extiende una manera de gobernar a base de mentiras y engaños,¹⁴ pero el Gran Redentor promete al “pueblo” mejoras en su vida cotidiana.¹⁵ Se habla mucho de soluciones para los quebraderos de cabeza y las angustias por el desempleo, la inflación, la vivienda inasequible y la mala atención sanitaria, pero gran parte de lo que se dice es solo palabrería.

Política del quid pro quo

Dado que ganar y conservar los corazones de los seguidores leales es una prioridad, prospera la política del quid pro quo, en la que todo se hace a cambio de algo y se reparten favores a los preferidos. Los amigos ricos son recompensados con creces.

Los antiguos demócratas griegos utilizaban un verbo (ahora obsoleto), dēmokrateo, para describir cómo los demagogos que gobernaban en nombre del pueblo solían aliarse con aristócratas ricos y poderosos para acabar con la democracia.

Eso es exactamente lo que ocurre en nuestra era de demagogos.

En Hungría, el gobierno de Orbán ha cultivado un estrato de nuevos ricos oligarcas que disfrutan de exenciones fiscales, oportunidades de negocio y una vida de lujo.¹⁶ El discurso de Trump en la campaña de 2016 sobre “drenar pantanos” los terminó llenando de millonarios y multimillonarios.

Hay, mientras tanto, generosas ofrendas de regalos materiales al “pueblo”. En el mes anterior a las elecciones húngaras de 2022, el gobierno de Viktor Orbán gastó, al parecer, alrededor del 3% del PIB del país en pagos a determinados votantes, incluidas grandes bonificaciones a setenta mil miembros del ejército y la policía, devoluciones de impuestos a casi dos millones de empleados y un mes más de prestaciones a dos y medio millones de pensionistas.

Mientras tanto, en la India, Modi ha convertido a los ciudadanos con derecho a voto en beneficiarios del gobierno (labharthis). En un país donde el 80% de la población es

rural o pobre, sus gobiernos han gastado menos en educación, sanidad, programas de creación de empleo y otras inversiones sociales a largo plazo, pero fue reelegido en junio de 2024 con la ayuda de entregas gratuitas de sacos de arroz y trigo con la marca del primer ministro, la creación de millones de cuentas bancarias personales, “transferencias directas de beneficios” y promesas de aseos y agua potable en todos los hogares.

Rehacer al pueblo

¿Y ahora qué? El partido del demagogo en el poder, ayudado por las astutas tácticas de los medios de comunicación y el comentario incesante sobre una oposición corrupta y poco fiable, se prepara para las próximas elecciones. Se llega al punto en que las papeletas se utilizan para arruinar la democracia con la misma efectividad que las balas. Las elecciones se convierten en algo más que elecciones. El “despotismo electivo” (como lo denominó Thomas Jefferson) está a la orden del día. Las elecciones parecen plebiscitos alborotados, rituales públicos, carnavales de seducción política o celebraciones del imponente poder del Estado, refrendado por los votos de millones de fieles seguidores.

Mientras se acelera la transición que se aleja de la democracia en nombre de la democracia, ocurre algo más sorprendente. En manos del partido gobernante y de su déspota líder, los fuegos artificiales sobre “el pueblo” tienen un efecto más siniestro: pretenden redefinir quién es “el pueblo”. Desesperados por afianzar su control sobre el poder del Estado, con la vista puesta en otras elecciones en un futuro no muy lejano, el demagogo y el partido gobernante reparten pan y rosas a sus fieles seguidores y a los indecisos. Pero también golpean con dureza a sus supuestos “enemigos”. El gobierno difunde un lenguaje incivil, se pelea políticamente con sus oponentes, endurece los controles fronterizos y construye alambradas de espino para detener a los extranjeros y las llamadas “influencias foráneas”. Engaña y miente impunemente; la cháchara y el cotorreo pretenden persuadir a millones de seguidores acerca de que viven juntos la mentira, y de que la mentira es un instrumento de resistencia a sus desgracias.¹⁷ Las conspiraciones, los chivos expiatorios, las exageraciones jactanciosas, las payasadas y las patrañas siguen siendo difundidos por los órganos mediáticos leales al demagogo.

La táctica emblemática de campaña es armar barullo sobre quién cuenta como “el pueblo”. Se impone un nuevo tipo de demogénesis. El gobierno pregona el miedo a los enemigos internos y condena al ostracismo a las personas que, según él, no pertenecen al “verdadero pueblo” (Donald J. Trump). Los demagogos del pasado arremetían contra monarcas, aristócratas, magnates del ferrocarril, banqueros e inmigrantes chinos. Los demagogos de hoy atacan a los musulmanes y su supuesto “terrorismo” y deslealtad a una imaginaria “nación hindú” (Modi). En otros lugares escupen a los liberales, las minorías étnicas y los activistas medioambientales. Se les advierte a los “polacos de peor calidad” (Kaczyński), “marroquíes” (el holandés Geert Wilders), personas que no son “húngaros de verdad” (Orbán) y “defensores del antisemitismo” (Benjamín Netanyahu). También reciben advertencias las personas de piel oscura que llegan en barcos, los padres del mismo sexo, los intelectuales disidentes y otros opositores a la italianità (Giorgia Meloni). El Gran Redentor repite, y vuelve a repetir, que el gobierno goza del respaldo de un auténtico “Pueblo soberano”. Por eso, ganar las próximas elecciones significa crear un nuevo “pueblo”, un “pueblo” homogeneizado que (se dice) es la verdadera base de una verdadera democracia gobernada por un verdadero líder cuya fuerza proviene del verdadero “Pueblo”. Es como si las elecciones se pusieran

patas arriba. Es una dinámica a lo Alicia en el País de las Maravillas: el gobierno vota por el pueblo.

Despotismo

El final del juego: la experiencia confirma que la demagogia no es necesaria ni inevitable. En efecto, es posible frenar en seco a los demagogos: pueden ser abandonados por sus rivales de partido, obligados al exilio por un golpe de Estado, encarcelados o asesinados. Los demagogos también pueden verse superados por reformas democráticas duraderas, como ocurrió en Estados Unidos durante la era progresista, que contrarrestó el “¡Que se vayan los chinos!” y otros estallidos de intolerancia populista y malestar ciudadano con reformas integradoras como un Senado elegido directamente (1913), la plena emancipación de las mujeres (1920), el socialismo municipal, nuevas leyes sobre el impuesto de la renta y la regulación de las empresas, y la jornada laboral de ocho horas para todos los asalariados del país.¹⁸

En nuestros tiempos turbulentos, lo que se necesita para contrarrestar la demagogia no es solo una mayor participación ciudadana en la vida pública –lo que se ha denominado “democracia deliberativa”–, sino formas más sólidas de bloquear el poder depredador, creando redes e instituciones de vigilancia con dientes afilados capaces de hacer retroceder el poder estatal y corporativo irresponsable, proteger la vida en nuestro planeta y, en general, fomentar el espíritu de una mayor igualdad social entre los ciudadanos que valoran las elecciones libres y justas, acogen con satisfacción la diversidad de los medios de comunicación y se sienten totalmente cómodos en compañía de aquellos diferentes a los que no se trata como “enemigos”, sino como socios, desconocidos competidores, ciudadanos y amigos.

Pero si se producen pocas o ninguna de estas reformas, la demagogia está abocada al triunfo. El democidio en nombre de la democracia se convierte en la nueva realidad. La mariposa de la democracia abierta y de poder compartido se convierte en la oruga de un nuevo y extraño tipo de sistema político controlado por el gobierno en el que la mayoría de la gente siente que tiene poca o ninguna influencia sobre las grandes decisiones que dan forma a sus vidas. Triunfa una versión corrupta, una falsa democracia. Se hacen fortunas empresariales. Los ricos se convierten en superricos. Se celebran elecciones con regularidad y se habla constantemente del “pueblo”. Pero la democracia se parece ahora a una máscara fantasmiosa en el rostro de adinerados depredadores políticos. Casos contemporáneos tan diferentes como la India de Modi, la Serbia de Vučić y la Venezuela de Maduro demuestran lo rápido que puede suceder –no lleva más de una década– y por qué la democracia ficticia resultante no es una tiranía anticuada o una dictadura militar ni se puede describir como el espectáculo de terror de un solo gobernante que los antiguos llamaban autocracia. No debe confundirse con las formas de fascismo y totalitarismo soviético del siglo XX. Es más que el triunfo del “autoritarismo” de mano dura.¹⁹

El final del juego es un tipo de despotismo extrañamente nuevo: un Estado corrupto gobernado por un demagogo, respaldado por oligarcas gubernamentales y corporativos con la ayuda de periodistas dóciles y jueces sumisos, una forma de gobierno de arriba abajo asegurada por la fuerza combinada del puño y la servidumbre voluntaria de millones de súbditos, a veces gruñones pero en última instancia leales, dispuestos a prestar sus votos a un Líder que les promete futuros beneficios materiales a cambio de su obediencia como “pueblo” ficticio. Una democracia fantasma. ~

Traducción del inglés de Daniel Gascón.

Alliance of Democracies, Democracy Perception Index, Copenhagen, 2024, disponible en allianceofdemocracies.org. ↵

John Keane, *The life and death of democracy*, Londres/Nueva York, Simon and Schuster, 2009. ↵

Moses I. Finley, “Athenian demagogues” en *Past and Present*, Oxford, Oxford University Press, vol. 21, abril de 1962, pp. 3-24. ↵

Joshua M. Roose, *The new demagogues. Religion, masculinity and the populist epoch*, Londres, Routledge, 2020. ↵

Thomas Carlyle, *On heroes, hero-worship, and the heroic in history*, Londres, James Fraser, 1841, disponible en [gutenberg.org](https://www.gutenberg.org). ↵

Max Scheler, *Über Ressentiment und moralisches Werturteil*, Leipzig, Wilhelm Engelmann, 1912. Véase John Keane, *The life and death of democracy*, op. cit., y *The shortest history of democracy*, Londres/Melbourne/Nueva York, Black Inc., 2022. ↵
Götz Kubitschek, “Selbstverharmlosung” en *Sezession* 76, febrero de 2017, pp. 26-28, disponible en sezession.de. ↵

Patricia Roberts-Miller, “Democracy, demagoguery, and critical rhetoric” en *Rhetoric & Public Affairs*, Michigan State University Press, vol. 8, núm. 3, otoño de 2005, pp. 459-476. Véase también Patricia Roberts-Miller, *Demagoguery and democracy*, Austin, The Experiment, 2017. ↵

Larbi Sadiki y Layla Saleh, “The fight for democratization in Kais Saied’s Tunisia: A battle of populisms?” en *Rethinking Populism*, 2023, disponible en rethinkingpopulism.net. ↵

María Esperanza Casullo y Harry Brown Araúz, *El populismo en América Central. La pieza que falta para comprender un fenómeno global*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2023. ↵

Jan-Werner Müller, *What is populism?*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2016. ↵

Catherine M. Conaghan, *Fujimori’s Peru. Deception in the public sphere*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2005. ↵

Véase John Keane, *The life and death of democracy*, op. cit., y *The new despotism*, Londres, Harvard University Press, 2020. ↵

András Sajó, *Ruling by cheating*, Cambridge, Cambridge University Press, 2021. ↵
Enrique Krauze, *Redentores. Ideas y poder en América Latina*, Barcelona, Debate, 2011. ↵

Bálint Magyar, *Post-Communist mafia state. The case of Hungary*, Budapest, Central European University Press, 2016. ↵

Wojciech Sadurski, *A pandemic of populists*, Cambridge, Cambridge University Press, 2022. ↵

Richard Hofstadter, *The age of reform. From Bryan to F. D. R.*, Nueva York, Knopf, 1955. ↵

John Keane, *The new despotism*, op. cit. ↵

John Keane (1949) es un politólogo y profesor universitario. Su libro más reciente en español es *Vida y muerte de la democracia* (FCE/INE, 2018).

Margaret Atwood rebaja el pánico por la victoria de Trump: "La gente no va a aceptar una dictadura"

Margaret Atwood. Foto: Luis Mora

Margaret Atwood. Foto: Luis Mora

LETRAS

Margaret Atwood rebaja el pánico por la victoria de Trump: "La gente no va a aceptar una dictadura"

La autora de 'El cuento de la criada' vuelve a la ficción después de un lustro con 'Perdidas en el bosque', una compilación de quince relatos.

Jaime Cedillo

Las distopías que han encumbrado a Margaret Atwood (Ottawa, Canadá, 1939), revelándola como una de las escritoras más subversivas del panorama internacional, no son incompatibles con un carácter dúctil. Galardonada con el Premio Príncipe de Asturias de las Letras en 2008 y autora de la imperecedera El cuento de la criada, novela que tuvo una segunda vida con su trasvase a serie de televisión, Atwood vuelve a la ficción después de publicar, hace ya un lustro, Los testamentos, una continuación de su obra más celebrada.

Esta vez aterriza en las librerías con un libro de cuentos, Perdidas en el bosque (Salamandra), y la creación de algunos de ellos corresponde al cumplimiento de las peticiones que le hicieron algunos lectores. Uno de los quince relatos que componen esta selección está dedicado a George Orwell, uno de sus grandes referentes. La autora de ciencia ficción más aclamada de los últimos años recrea una entrevista con el autor de 1984 a través de una médium, peripecia que, a buen seguro, encandilará a sus seguidores. "En el relato os daréis cuenta de que Orwell sigue fumando", ha bromeado Atwood en la rueda de prensa online que ha servido para presentar su libro a los medios de comunicación en español. —también a petición de algunos lectores— en el Decamerón de Boccaccio, invierte el personaje de la obediente Griselda para resaltar su impaciencia. Este tipo de relatos corresponden a la segunda parte del libro, en la que encontramos caracoles vestidos de personas y madres convertidas en brujas, mientras que "otros proceden de material que creías que podías incluir en una novela y luego no terminan entrando", según ha reconocido la autora.

Las secciones primera y tercera, las que abrochan el libro, corresponden, en buena parte, a experiencias personales e incluyen importantes reflexiones sobre el matrimonio, el envejecimiento, la pérdida y la muerte. La tensión distópica, no obstante, sigue siendo marca distintiva en la literatura de Atwood, y sobre ello ha disertado a lo grande. "¿Hasta qué punto existimos en un espacio que ya no está ahí? ¿Y en un futuro que aún no ha sucedido? También podemos preguntarnos si existe el presente", ha dicho.

En tiempos delirantes como los que vivimos, ¿las distopías han perdido su sentido?, le preguntamos. "No, porque siempre podría ser peor", sentencia. Aunque esboza una sonrisa, es consciente de la gravedad de su pronóstico y pasa a explicar que "el siglo XIX era una época de utopías, porque siempre creían que podía ser mejor. Avanzaban

hacia el progreso médico, soñaban con poder volar, habían creado el sistema de alcantarillado, aparece la bicicleta, el automóvil, la máquina de escribir... ¿Por qué no iban a ir las cosas cada vez mejor?" En todo caso, las utopías "pueden ser un poco aburridas", concede, porque "no hay crisis".

La situación cambia, según su criterio, con la Gran Guerra. "El futuro no iba a ser tan halagüeño como habían imaginado en Europa y América del Norte", apunta Atwood, que señala la aparición de la primera novela de ciencia ficción, *La guerra de los mundos*, que presenta un futuro horrible. Después, está la novela *We*, que vaticina el horror estalinista, y paralelamente tiene lugar la II Guerra Mundial. A mediados de siglo proliferan las distopías, pues "la gente pensaba que en cualquier momento podía morir por una bomba atómica. Poco después se detiene la fiebre distópica, mientras que "ahora hay un diluvio", afirma Atwood.

"Kamala Harris no ha tenido mucho tiempo y, además, es una mujer. Mucha gente tenía miedo de tener una presidenta"

El cambio climático, la situación de las mujeres y el riesgo del totalitarismo son algunas de las materias más frecuentadas en esta nueva ola. La valoración de las elecciones estadounidenses era, por tanto, una cuestión a tener muy en cuenta en la rueda de prensa de esta tarde. "La campaña ha sido breve y Kamala Harris no ha tenido mucho tiempo", ha justificado la escritora. "Además, es una mujer y mucha gente tenía miedo de tener una presidenta, y además de color. Temía que les hiciera a ellos lo que ellos habían hecho a gente como ella", ha asegurado.

De todos modos, "las afiliaciones de clase han cambiado. Antes los demócratas representaban a los trabajadores y los republicanos, a los ricos; ahora es al revés", opina Atwood. ¿Y qué hay de las consecuencias de la victoria de Trump? "Depende de si podemos creer en algo de lo que dice Trump, porque miente tanto...", desliza la autora. Y añade: "Dice que va a construir campos de concentración para llevar a los demócratas y a los inmigrantes. Está por ver si el pueblo americano lo acepta y cuánto hay de verdad en todo lo que ha dicho. Creo que la gente no está dispuesta a aceptar una dictadura".

Atwood concede que "las implicaciones para Europa no parece que sean buenas", además de que "esto va a crear mucha ansiedad para la gente que vive cerca de Ucrania". Sin embargo, en líneas generales se muestra tranquilizadora: "No es para tirarse desde un puente, no hay nada perdido".

LA PALABRA DEL DÍA

Panacea, la hija de Esculapio educada para curar todas las enfermedades

panacea

La panacea era un medicamento mítico, capaz de curar todas las enfermedades; fue buscada por los antiguos y, durante la Edad Media, por los alquimistas, pero ¿de dónde venía su nombre?

Asclepio —Esculapio para los latinos—, dios de la medicina, hijo de Apolo, tuvo dos hijas a las que enseñó su arte: Higia (v. higiene) y Panacea. El nombre de esta última se formó con la partícula compositiva pan- ‘todo’ y ἄκεσμα (akesma) ‘remedio’, en alusión a que Panacea era capaz de curar todas las enfermedades.

La tradición médica hizo que los nombres de Panacea, de su hermana, de su padre y de su abuelo Apolo figurasen hasta hace algunas décadas en el juramento de Hipócrates, formulado por los médicos en el momento de su graduación:

Juro por Apolo médico y por Asclepio y por Higia y por Panacea y todos los dioses y diosas, poniéndoles por testigos, que cumpliré, según mi capacidad y mi criterio, este juramento [...].

Data del siglo V a. de C. y comenzó a dejarse de lado hacia mediados del siglo XX porque muchos médicos consideraron que no tenía sentido formular un juramento en el que se evoca a los antiguos dioses griegos. En 1948, en un Congreso de la Asociación Médica Mundial, se estableció un juramento alternativo, conocido como Declaración de Ginebra, que está siendo adoptado por un número creciente de países.

Luis Cernuda (España: 1902-1963)

Donde habite el olvido

Donde habite el olvido,

En los vastos jardines sin aurora:

Donde yo solo sea

Memoria de una piedra sepultada entre ortigas

Sobre la cual el viento escapa a sus insomnios.

Donde mi nombre deje

Al cuerpo que designa en brazos de los siglos,

Donde el deseo no exista.

En esa gran región donde el amor, ángel terrible,

No esconda como acero

En mi pecho su ala,

Sonriendo lleno de gracia aérea mientras crece el tormento.

Allí donde termine este afán que exige un dueño a imagen suya,

Sometiendo a otra vida su vida,

Sin más horizonte que otros ojos frente a frente.

Donde penas y dichas no sean más que nombres,

Cielo y tierra nativos en torno de un recuerdo;

Donde al fin quede libre sin saberlo yo mismo,

Disuelto en niebla, ausencia,

Ausencia leve como carne de niño.

Allá, allá lejos;

Donde habite el olvido.

"James", de Percival Everett: Una crítica satírica y filosófica al racismo contemporáneo

POR EVARISTO AGUADO

domingo 17 de noviembre de 2024, 17:16h

Percival Everett

Percival Everett (Foto: Irene Merino)

Con una notable habilidad para el malabarismo literario, Percival Everett, un autor estadounidense, se atreve a reinterpretar uno de los grandes clásicos de la literatura del siglo XIX que aborda el racismo: Las aventuras de Huckleberry Finn, obra de Mark Twain. El resultado de este esfuerzo es James, una novela que ha sido considerada una obra maestra por la crítica en Estados Unidos. Este libro ha alcanzado el estatus de bestseller del año en publicaciones como The New York Times, Time y Oprah Daily.

Además, James es finalista del Booker Prize, cuyo fallo se dará el 12 de noviembre próximo, así como del National Book Award, y ha sido reconocido con el Kirkus Prize.

En estas nuevas y emocionantes aventuras, el esclavo fugitivo Jim se transforma en James, un hombre de gran cultura y dignidad, cuya bondad lo lleva a verse empujado hacia el crimen por las circunstancias sociales. A través de una ironía que logra capturar la genialidad de Twain, Everett presenta esta historia desde la perspectiva de un esclavo que oculta su sabiduría e inteligencia, manteniéndolas como un placer personal en un mundo donde los prejuicios raciales han demostrado ser más arraigados y falsos que la superstición. En este contexto, el miedo no tiene lugar, ya que les protege de un temor aún mayor, mientras todo parece estar al borde del colapso ante la inminente Guerra de Secesión.

En el clásico de Mark Twain, la crítica hacia la sociedad estadounidense se afila a través de la inocencia del joven narrador, Huck Finn. Por otro lado, James Everett utiliza la aguda percepción de un esclavo herido y secretamente educado para ofrecer una crítica igualmente penetrante, comparable a las dolorosas punzadas del látigo que lo golpea. El Chicago Tribune destaca que es “una obra maestra que ayudará a redefinir uno de los clásicos de la literatura estadounidense, a la vez que constituye un gran logro en sí misma”. The Boston Globe describe el libro como “una obra de arte provocadora y esclarecedora”, mientras que The New York Times lo califica como “la novela más emocionante de Everett, pero también la más conmovedora”. Sin embargo, es en The Washington Post donde se resalta su relevancia contemporánea: “Lo más sorprendente, en última instancia, es el modo en que James honra e interroga a Huck Finn y a la nación que lo venera”.

El director de cine Steven Spielberg ha estado acelerando la adquisición de los derechos de producción de la novela con el fin de llevarla al cine. Por otro lado, Amazon Books la ha destacado como el “mejor libro del año” y, desde su lanzamiento en Estados Unidos en marzo, se ha posicionado entre los 10 más vendidos en su plataforma. Esto confirma el amplio rango de lectores al que está destinada la obra, que abarca desde un público juvenil hasta el más senior. Además, se espera que esta novela se convierta en una obra maestra de la literatura, ya que su lectura resulta sumamente entretenida y dinámica.

La novela presenta una estructura que se sitúa entre un thriller contemporáneo y una aventura picaresca, con una tensión que aumenta desde la primera hasta la última página. Predomina un formato mayormente dialogado, lo cual no es un recurso trivial, ya que el lenguaje oral (estigma esclavista) y la palabra escrita (un poder reservado a las élites) actúan casi como dos personajes adicionales en la trama principal. La introspección del protagonista, así como sus reflexiones morales y filosóficas, comienzan

a cobrar protagonismo hacia el final del libro, justo en el momento en que su capacidad para tolerar el dolor se debilita, superada por el cansancio, el abuso, la injusticia y la desesperación que estos generan.

Percival Everett (Georgia, EE.UU., 1956) es escritor, filósofo y profesor distinguido de Inglés en la Universidad del Sur de Carolina. Todos sus libros recientes han sido publicados en español por la editorial De Conatus; entre otros, Dr. No (premio Pen América 2024), Los árboles (que va por la 5ª edición) o Canc

ENTREVISTA

Domínguez Rey: "Es probable que haya una bifurcación entre arte humano y artificial"

Antonio Domínguez Rey.

Ampliar

Antonio Domínguez Rey.

Eduardo Villamil

lunes 25 de noviembre de 2024, 20:08h

Antonio Domínguez Rey, nacido en Rianxo (La Coruña) en 1945, es un destacado poeta, ensayista, filólogo y crítico literario español cuya vida ha estado profundamente ligada a las humanidades y la creación literaria. Con una formación académica que incluye estudios en Filosofía y Letras y un doctorado en Lingüística Hispánica y Filosofía, ha desarrollado una carrera que abarca tanto la investigación literaria como la escritura creativa.

Como investigador, Domínguez Rey ha realizado valiosas contribuciones al estudio del hecho literario, con obras como Antonio Machado (1978) y Antología de la poesía medieval española (1982), que lo han consolidado como una autoridad en su especialidad. Su rigor académico y su capacidad para explorar la profundidad del lenguaje han sido reconocidos y admirados ampliamente.

En el ámbito poético, Domínguez Rey ha brillado tanto en castellano como en gallego, logrando una obra bilingüe de gran riqueza expresiva. En gallego, destacan títulos como Lúa loura (1984), Fendas (1991), Eidos da mirada (1994) y O segredo do monte (2005).

En castellano, ha publicado poemarios, como Garlopa Marina y Gremor, ambos de 1974, La Voz y su Vacío (1980) y Como rostro que surge (1999). Su poesía, caracterizada por una sensibilidad introspectiva y un dominio exquisito del lenguaje, ha sido reconocida con galardones como el prestigioso "Jorge Manrique" en 1982.

Con motivo de la publicación de su último libro, La voz alofónica, en la editorial de la UNED, donde ejerce como catedrático, El Imparcial habla con este filósofo del lenguaje que sigue poniéndose cada día frente al folio para escribir poesía.

¿Qué es la voz alofónica del lenguaje?

Es la fusión integradora del hombre en el mundo que está en los tres factores del pensar, del decir y del ser. De ahí que nosotros nos demos cuenta, una vez que pensamos a posteriori. La energía del lenguaje es como una continuación de la naturaleza dentro del hombre y viceversa. Eso lo vio muy bien un lingüista y filósofo español apenas citado, Amor Ruibal, que fue el primero en darse cuenta de que el lenguaje tenía un factor atómico dentro de sí. La voz alofónica es el sonido de la naturaleza dentro de nosotros, articulándolo.

Uno de los mayores enigmas científicos es el origen del lenguaje. Existen muchas teorías, pero seguimos sin saber cómo, cuándo dónde y por qué se produjo. ¿Cree que alguna vez seremos capaces de determinarlo?

La búsqueda del origen del lenguaje está inmersa en la sistematización de la teoría evolutiva, pero también hay una evolución racional. Hay varias teorías, pero no hay registros. Sin embargo, lo que verificamos continuamente al hablar es la fundamentación del lenguaje, pero no somos conscientes de ello si no pensamos en el fenómeno, como hace la lingüística. Podemos considerar que el lenguaje es onda sonora articulada en expansión. Cuando articulamos alofónicamente estamos articulando el mundo de acuerdo a lo que somos por el hecho de estar donde estamos, que cambia en función de cada periodo histórico. No solo es qué decimos, sino cómo lo decimos.

¿Podría darnos un ejemplo práctico de cómo la potencia poética del lenguaje se manifiesta en la literatura o la vida cotidiana?

El ejemplo más claro es la metáfora. Estamos hablando con metáforas continuamente. La palabra no es un objeto que esté en la realidad como un árbol, una planta o un conejo. Se trata de un elemento nuevo que producimos a través de la fusión cerebro-mundo y que aparece como novedad en el mundo mismo, es decir, en nuestras relaciones. Estamos en una ósmosis continua y la palabra es como una nave que lleva un contenido y va de puerto en puerto. Pero esa fusión del contenido con el propio casco del barco es ya un objeto nuevo y, al mismo tiempo natural, en sí mismo, como dice Chomsky.

¿De qué manera la inteligencia artificial y la computación lingüística están transformando los estudios del lenguaje y el pensamiento?

Hemos perdido el sentido originario de las cosas y estamos llegando a una suplantación mediante mecanismos algorítmicos de la realidad que podrán llevar no solo a la desviación de lo humano sino a una anulación que, a su vez, podría desembocar en una dictadura tecnocrática. El que acierte con la gran máquina descubrirá los secretos para dominar el mundo.

¿Hablamos cada vez peor?

Hay un reduccionismo, en algunos consciente, pero en la mayoría inconsciente, que nos lleva a un uso muy libre del lenguaje. El lenguaje siempre tiene una razón económica (queremos decir lo máximo con el menor número de elementos). Pero cuando eso no atiende a una función lingüística (como potencia genética del ser, el pensar y del decir), se invierte y se reduce. Se está produciendo una reducción expresiva, la cual lleva asociada una reducción mental, de capacidad y de potencia.

Resulta paradójico que esto suceda en la época en la que más acceso al conocimiento tenemos...

Es una paradoja, sí, e incluso una contradicción. Aristóteles hablaba de 'enargeia', que era el brillo de la plata, para referirse al concepto como evidencia de las cosas. La palabra es precisamente el desarrollo de esa concepción. Todo lo que no sea ver por dentro la potencia del lenguaje nos lleva a un fenómeno contrario y reductivo de nuestras potencias intelectuales; y eso se está viendo con los móviles, la rapidez del 'clic' o de las comunicaciones.

¿Es este proceso, digamos involutivo, espontáneo, o existe una voluntad, digamos política, para que seamos más tontos?

Creo que todavía no existe ese monstruo. Si no se desarrollan las facultades intelectuales esa energía se vuelve contra el hombre mismo y entonces se pasa de la especie racional al género puramente animal. Y eso es un gran problema. Ese cortocircuito hace que nos dejemos arrastrar por las pasiones mismas sin control, el derecho absoluto de poder, el dominio sobre los demás... Estamos saliéndonos de la órbita de la cultura y el conocimiento desde la misma escuela. A ello hay que añadir los factores psicológicos. Alguien me decía hace poco que un 30% de la juventud ya padece problemas mentales. Si consideramos el lenguaje como un termómetro social, nos damos cuenta de inmediato de esta preocupante situación.

¿A qué cree que obedece esta especie de epidemia de enfermedades mentales?

Además de lo anterior, creo que también tiene bastante que ver lo que los teólogos llaman la 'ausencia de Dios'. Si se produce esa involución de potencias intelectuales, no podemos ver lo que es la raíz creadora, ni, por tanto el despliegue mismo de nuestra conducta en el medio en que nos encontramos a través de la educación.

Los gobernantes siempre han utilizado el lenguaje para adoctrinar, manipular y controlar a los ciudadanos. Sin embargo, en los últimos tiempos esta dinámica parece haberse acentuado llegando a niveles casi orwellianos, con una suerte de 'neolengua', con palabras como como 'dana', que presentan fenómenos profusamente documentados como nuevos...

El lenguaje se puede manipular desde el lenguaje mismo. Tenemos ejemplos tanto de la Alemania nazi como de la Revolución rusa. A través del cambio de léxico que da nombre a las cosas y de las relaciones entre las palabras, con las imágenes que llevan asociadas, se trata de crear una modificación de la naturaleza. Términos como 'dana' son denominaciones frásticas que tratan de explicar la realidad, pero en realidad (valga la redundancia) la están ocultando. Existe una necesidad operativa de servirse del

lenguaje con unos determinados fines, bien sea para disimular o para desviar la atención.

Otro fenómeno curioso, en este caso discursivo, con idénticos protagonistas, es el de la negación de la realidad, la ‘luz de gas’. Los políticos nunca se han llevado bien con la verdad, pero en la actualidad vemos constantemente cómo se contradicen a sí mismos con horas de diferencia y aun así pretenden hacernos creer que son honestos y somos nosotros los malvados por cuestionar sus evidentes mentiras... Y lo peor es que a la mayor parte de los ciudadanos no parece importarles lo más mínimo...

La palabra se produce siempre en un campo de acción, es decir, en interrelación con otras que funcionan en ausencia. Esa palabra en un campo de acción admite correlaciones que se pueden también manipular según convenga. Si no funciona la relación crítica que va en el germen mismo poético del lenguaje, no tenemos defensas para reaccionar frente a lo que se nos dice. Y el político, aunque no sólo, juega muchísimo con ese campo implícito de relaciones que, en un momento determinado, se puede traer a presencia.

Por otro lado, la praxis en su vertiente neomarxista, llevada al campo político actual, se fundamenta sólo en una relación social, que es cambiante. Esa praxis, al no tener un contenido fijo, al cambiar de día o situación adquiere otro significado. Y claro, eso nos lleva a un escepticismo y a una incertidumbre total, y a lo que se ha denominado como posverdad. Aquella verdad de ayer, desde hoy ya no parece tal. Este campo de acción neomarxista, sin Marx, a mi modo de ver, va en contra del humanismo que Marx intuía al prescindir de ciertas bases que estaban en la Fenomenología del espíritu de Hegel. Si no se conoce esto, estamos perdidos y podemos llegar a cualquier cosa porque no hay asentamientos intelectuales básicos, profundos y serios.

¿Cómo refleja el lenguaje poético los cambios sociales?

En los años 60 publiqué un libro analizando el lenguaje de bastantes poetas, se veía muy bien qué había debajo de la sociedad misma. El lenguaje es una relación social (yo, tú, él...), que registra los cambios y las preocupaciones de las sociedades. Jung, por ejemplo, contaba que él predijo que habría una guerra en Europa a través de las sesiones con sus pacientes. Si la cultura brilla, la sociedad siempre irá bien encauzada, si hay factores que amenazan esas facultades de libertad, esa sociedad estará enferma y el lenguaje lo registrará. El lenguaje es un termómetro social extraordinario.

¿Qué opina de la poesía actual?

Es difícil escoger. Hay una gran abundancia, se escribe más poesía que nunca. Es curioso que poetas con cierto eco desconozcan completamente el movimiento del 50.

Desde el punto de vista del canon se mantienen pocas cosas, pero en general es un entorno positivo porque se ve la necesidad expresiva de la gente. Seguimos teniendo el impulso de encontrar un receptor de conciencia, a alguien que nos escuche. No es una relación narcisista clásica, es algo más profundo. El gran poeta tiene todavía esa gran dimensión a través de la que habla la realidad.

Ha escrito en gallego y en español, ¿Qué diferencia ve entre ambas lenguas?

Sí. Trabajo en los dos campos, en las fuentes manantiales, que decía Valente. Estamos todavía en una comunidad semántica grecolatina, aunque parezca que no queramos saberlo. No alimentar ese patrimonio me parece otro déficit democrático y cultural enorme. Es una pena ver cómo en Alemania aún se estudia latín y griego en las escuelas, o como Oxford es uno de los centros mundiales grecolatinos más importantes... Esas sociedades poseen una raíz muy arraigada porque las columnas de la cultura occidental están ahí y tenemos que mantenerlas. En algún momento deberíamos despertar y preguntarnos por qué están tirando nuestros muebles y alimentos por la ventana.

¿Por qué es tan importante la lectura para el poeta?

La relación intersubjetiva, a veces centenaria o milenaria con otros autores, despierta el germen propio. Hay un hilo singular en el que el escritor es él mismo y al mismo tiempo, los otros. Yo los llamo ‘estados de lengua’ que se producen dentro de uno. El poeta no sabe cuál va a ser la palabra siguiente y, sin embargo, vienen las palabras... Y tampoco sabe cuándo va a terminar el poema...

¿Qué es un buen poema?

Un buen poema es aquel que, en un principio, nos invita a releerlo; a través del que hallamos algo nuestro, siendo de los demás.

¿Cómo debería posicionarse la poesía en un mundo cada vez más visual y tecnológico?

La imagen plástica estanca al individuo como un ‘orden y mando’. Si no hay un tratamiento crítico (hasta estético) de la imagen, esa imagen se vuelve contraria a la razón humana porque imposibilita la capacidad crítica de respuesta. La acumulación de imágenes es todavía peor porque con su sintaxis interna crea una opacidad y, como corderitos, vamos tras ella porque nos vemos llamados por ese brillo tan intenso, como saben muy bien los publicistas.

¿Ponen en riesgo la creatividad humana los nuevos modelos de lenguaje, como ChatGPT?

Es un gran reto. Hay poesía, digamos, maquinada y alguna vez parece que algún verso o sintagma puede tener sentido, pero se nota en seguida que no es poesía real. También ha nacido una nueva dimensión maquinada del arte pictórico... Pero dudo que la máquina consiga sustituir el pulso del pincel o el aliento y el ánimo en el habla del poeta. Ahora, sucedáneos, suplantaciones o simulaciones, sí. Es probable que haya una bifurcación entre el arte humano y el arte artificial.

¿Qué consejo daría a los jóvenes (y no tan jóvenes) poetas que buscan encontrar su voz en un panorama literario tan diverso?

Que no dejen de escribir. Que la fase de confesionalidad de la juventud no se detenga con el paso de los años. Que escuchen el hilo de la voz propia a través del lenguaje. Cuando un gran poeta acierta siempre es testimonio de la sociedad de su tiempo. Y también que no dejen de leer a los grandes poetas y a los críticos de poesía.

Un poeta para no dejar de leer...

**Es difícil. Rilke y Hölderlin son fundamentales para mí, pero también Machado...
Depende de momentos o de estados de conciencia.**

Y un poema suyo...

**Eso tienen que hacerlo los demás. Evidentemente tengo mi opinión, pero son los otros
los que deben decir, si es que hay algo que deba decirse a propósito de mi escritura
poética.**

Nunca debemos permitir que las diferencias nos dividan.